

## EL FRÍO MODIFICA LA TRAYECTORIA DE LOS PECES

Pierre Szalowski

A Antoni, Tom, Sophie. De ayer, de hoy, de siempre

*En la vida, no hay que temer nada, solo tratar de comprender.*  
*Marie Curie*

En Montreal, en ningún sitio y en todas partes

Jueves, 25 de diciembre de 1997

Qué deprisa pasa la Navidad

—¡Espera un poco más! Tu padre aún está durmiendo.

El reloj marcaba las nueve y diecinueve. Fui a sentarme otra vez en la cama. Llevaba ya dos horas despierto, esperando en mi habitación. Es una tradición familiar. Todos los años papá ordena que yo no aparezca hasta que Papá Noel haya pasado. ¡Y eso que tengo once años y que hace ya cinco que no creo en esas historias!

Lo de los cinco años es un secreto; para mis padres hace solo cuatro.

Tenía seis años y medio cuando Alex, mi único amigo, me dio la triste noticia con una amplia sonrisa. De repente sentí que perdía pie en un mundo donde todo tenía una explicación. Para olvidar mi decepción, en la escuela hice lo mismo que Alex. Me dediqué a convencer a los más pequeños de que Papá Noel era un invento de los padres. En casa intenté con algunas indirectas que mis padres entendieran que ya era hora de que dejaran de decirme que si no me portaba bien Papá Noel no me traería nada. Pero cuando vi la mirada de pánico que mi madre lanzó a mi padre, lo dejé correr. No quería que se pusieran tristes. A veces hay que mentir a los padres para que estén contentos.

—Papá Noel debe de ser muy fuerte, porque normalmente un coche eléctrico de un metro de largo no pasa por una chimenea, ¿no?

El agosto siguiente, en nuestro chalet, mientras estaba pescando con mi padre, me quedé un buen rato mirando fijamente el agua.

—¡Ya no creo en Papá Noel!

Se giró hacia mí, yo hice lo mismo. Me miró un instante con una sonrisa de resignación, y luego volvió a poner cebo en mi caña.

—Así es la vida.

Papá nunca suelta grandes frases. Mamá dice que es hombre de pocas palabras. Lo dijo como si supiera que algún día lo descubriría, pero que no debía salir de él. No intentó saber quién me lo había dicho; un reflejo de policía, bueno... de ex policía. Era instructor de alumnos de policía. El médico, que había visto lo peor en su consulta, le

había diagnosticado un leve estrés.

—¡Vaya! Pues no entiendo cómo puede estresarte poner multas a las pijas de la rue Laurier. Además, no tengas remordimientos, ¡las pagan sus maridos!

Mamá dice que la presión viene del interior. Solo uno sabe por qué la siente, puesto que es uno mismo quien la crea. De todos modos, por las noches mi padre siguió contándome historias de polis buenos que detenían a motoristas malos. Hasta que un día, hace dos años, dejó de hacerlo. Para gran disgusto de mi madre, todos los años, a mediados de enero, enviaba una carta en la que argumentaba su negativa a volver a patrullar.

—Ya no me gusta, y encima me pagan lo mismo.

Después de pescar, cuando volvimos al chalet, susurró algo al oído de mamá. Ella solo frunció un poco los labios. Para mamá, yo seguía siendo un niño, solo que un poco menos. Sin embargo, en su clase de primaria había visto cómo sus alumnos pasaban la etapa de esta cruel revelación.

—¿Por qué lloras, pequeño?

—¡Mi padre me ha gritado porque he roto mi regalo de Navidad y él aún no ha acabado de pagar el crédito!

Pero allí, delante de ella, en nuestro chalet, se trataba de su hijo. Algo acababa de terminar para siempre. Soy hijo único. Nunca más ha podido volver a jugar al Papá Noel con mi padre. Eso lo entendí; la Navidad la disfrutaban tanto los padres como los niños.

Las nueve y veintinueve. La noche anterior la cena se alargó mucho. Éramos seis a la mesa: yo, mis padres y Julien, el mejor amigo de mi padre. Le acompañaban Alexandrie y Alexandra, sus dos insoportables mellizas. No pararon de gritar y, como tienen la misma cara, me daba la sensación de que siempre era la mis-ma. A mi madre eso la ponía aún más nerviosa que a mí.

—¡Alexandrie! ¡Alexandra!

Y encima se cogieron del brazo y empezaron a cantar y a bailar.

Las sirenas del puerto de Alejandría aún cantan la misma melodía... oh... oh...

—Julien, ¿no podrías haber puesto otros nombres a dos hermanas gemelas?

—Bueno, sí, pero tendría que haber conocido a su madre en una fiesta donde no hubieran puesto a Claude François... Y deja que te diga otra cosa...

Todos los años Julien nos explicaba que no hay que decir «hermanas gemelas», sino «gemelas», ya que una gemela es obligatoriamente la hermana de otra hermana; es el efecto espejo.

—Di, ¿quién de las dos es más guapa?

Nunca sabía cuál de las dos pelmazas me hacía la pregunta. Lógico, son gemelas «exactas», o sea, totalmente idénticas, igualitas del todo. La buena noticia es que Julien está divorciado.

—Nunca cometí la equivocación de engañar a mi mujer, simplemente me equivoqué al elegirla.

Así, Alexandrie y Alexandra solo cantaban la misma melo día un año de cada dos. Nunca entendí por qué él y su ex mujer no se repartían las gemelas. Ya que tienen dos iguales, cada uno podía haberse quedado una. Pero al

parecer los gemelos no pueden vivir el uno sin el otro. Igual que los padres; bueno, los míos.

Yo no debería saberlo, pero las gemelas podrían haber sido mis hermanas. Julien era el novio de mi madre cuando los dos estudiaban Magisterio. Luego él hizo la tontería de presentarle a mi padre cuando estaba en su plenitud: el uniforme marcando abdominales y los hombros más anchos que la barriga. Acababa de ingresar en la policía. Un flechazo, dijo ella. Papá dijo lo mismo. Julien, por su parte, intentó hacer de tripas corazón.

—Adiós, Anne; adiós, Martin... No os molesto más... No os mováis, ya apago yo la luz. Cuando las gemelas por fin cayeron rendidas en el sofá del salón, mi madre vino a darme un beso.

—Es hora de irse a la cama...

—Pero, mamá, si es Navidad...

—¡Cuanto antes te acuestes, antes verás los regalos mañana!

Mientras iba hacia mi cuarto, vi que mi padre y Julien abrían otra botella. Mi madre ya no estaba. Parecían serios, porque cuando pasé saludándoles con la mano, ninguno de los dos sonrió. Incluso me pareció que me miraban tristes. Seguramente se bebieron otra botella después, porque cuando me desperté por la noche para ir a hacer pis seguían cuchicheando en el salón.

—Las mujeres se enamoran de uno porque les parece diferente. Y luego hacen todo lo posible para que nos volvamos como los demás...

Las nueve y media. ¡Pom, pom! Mi madre abrió la puerta de mi habitación. Asomó la cabeza, no sonreía.

—Tu padre está despierto...

No salté de la cama como hago todas las mañanas de Navidad. En la voz de mi madre había tristeza. En ese momento no me fijé en que había dicho «tu padre» en vez de «papá». La tristeza fue lo único que me extrañó.

Al salir de mi habitación, en la cocina vi que mi padre y Julien no se habían bebido una botella más, sino dos. En el salón me esperaba papá, repantigado en su sillón frente a la tele, que no estaba encendida; la gran pausa de la mañana de Navidad. Se esforzó por sonreírme mientras se rascaba la cabeza. Me pregunté si no habría otras botellas vacías escondidas en el balcón.

Navidad es una vez al año, pero los pequeños hábitos nunca se olvidan. Me extrañó que mis padres no estuvieran juntos. Mi madre no estaba sentada en el brazo del sillón reservado a mi padre, sino en el sofá, más lejos. Eran dos.

Por mucho que ya tengas once años, el primer regalo que abres bajo el abeto es siempre el más grande. Supe de inmediato que esa caja de química había sido idea de mamá. Siempre me compra juguetes educativos. Para ella, un regalo tiene que ser útil. En el colegio voy un curso adelantado porque me enseñó a leer a los cuatro años. Era la estrella del parvulario. Ahora soy el pringado al que los demás le sacan la cabeza.

Me quedaban por abrir tres regalos de tamaño casi idéntico. En estos casos siempre abres el que pesa más. Mi padre me miró fijamente, demasiado cómplice de repente.

—Esta es la sorpresita de papá...

Hice como que no había visto la mirada feroz que mamá acababa de lanzarle. Rompí el

papel de regalo y mis ojos se abrieron como platos. No podía creerlo. ¡Una cámara de vídeo! Me volví hacia mi padre. Solo conseguí murmurar.

—¡Hala! Papá...

Se arrellanó en el sillón, satisfecho. Mi madre apretó las mandíbulas. No podía dejarla triste.

—¡Gracias a ti también, mamá! Gracias a los dos... ¡Gracias, Papá Noel!

Ella sonrió, forzada. Sin duda la cámara de vídeo no había sido idea suya. Rápidamente abrí los otros dos regalos, una caja de Lego, otra idea de mamá para desarrollar mi buena motricidad. La tengo ya tan desarrollada que soy capaz de desmontar un reloj con guantes de hockey.

El último paquete era un radiodespertador con forma de balón de fútbol. Eso era de Julien, pues el año anterior le había dicho que ya estaba harto de regalos relacionados con el béisbol.

—¡Pero si este albornoz de los Yankees te queda muy bien!

Me parece que le habría gustado tener un hijo. No digo dos, pero sí al menos uno. Comprar muñecas Barbie, siempre por partida doble, tiene que fastidiar al mejor de los padres. Así que se desahogaba conmigo.

—Un despertador es más práctico que un albornoz...

—No olvides nunca que lo importante es el detalle, no el regalo...

Me di cuenta de que mi madre en realidad no se dirigía a mí, sino a mi padre. Volví a la caja de la cámara de vídeo. Me senté en el suelo, de espaldas a ellos. Sabía que no estaban de acuerdo, pero con un juguete tan chulo en las manos, ese no era mi problema. Saqué el folleto de las instrucciones. Mis padres cuchicheaban. Hice ver que leía, pero lo oí todo. Adrede. No sabía que mi madre era capaz de soltar tacos.

—¡Joder! ¡Una cámara de mil dólares! No irás a empezar otra vez con ese juegucito, ¿no?

—Hace tiempo que quiere una y, además, ¿has visto qué notas ha traído?

—¡Siempre trae buenas notas!

—¿No dices siempre que hay que motivarlo?

—Si a los once años le compras una cámara, ¿cómo lo motivarás cuando tenga dieciséis? ¿Con un coche?

Mi madre se levantó y se fue de la habitación. Oírlos discutir porque mi regalo era muy caro hizo que lamentara no creer ya en Papá Noel. Sobre todo porque ese año ya había presenciado

demasiadas discusiones. Casi siempre empezaban con la misma frase.

—¿No tienes la sensación de que estás malgastando tu vida ahí tirado delante de la tele?

Me volví hacia mi padre. Me sonrió como si le costara esfuerzo. Luego se levantó despacio. No, muy despacio.

—¡Ay! ¡La cabeza!

Fue al baño. Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con el pasador. ¡Pom, pom, pom!

—¡Está ocupado!

Mi madre gritó tanto, que mi padre se llevó las manos a los oídos. Volvió y se deslizó en el sillón; todo su cuerpo se amoldó a él. Como un robot, cogió el mando a distancia. ¡Clic! Y el blabla-bla empezó en la televisión.

En el canal de las noticias eran las nueve y cincuenta y nueve.  
Qué deprisa pasa la Navidad.  
Domingo, 4 de enero de 1998

¡Solo son niños!

Solo tres bombillitas de una pequeñísima guirnalda parpadeaban en el diminuto abeto instalado en una mesa baja, al lado de dos vasos vacíos y una botella de vino que había pasado a mejor vida. En el sofá, dos gatos enroscados uno con otro dormían sobre una camisa amarilla hecha una bola, que aún tenía los botones de abajo abrochados. En el suelo, un pantalón de hombre enrollado como un tirabuzón; evidentemente, alguien se lo había quitado a toda prisa. En el respaldo del sofá, un vestido rojo, corto, cuidadosamente doblado.

Más lejos, la puerta de un dormitorio entreabierta. En la cama deshecha se vislumbraban dos cuerpos en pleno sueño. En el radiodespertador de la habitación eran las catorce horas.

—¡Pss! ¡Pss! ¡Anda, ven!

En la cocina, frente a una pequeña trampilla abierta en la parte inferior de la puerta que daba al balcón, un gatito negro dudaba.

—¡Minino! ¡Minino! ¡Minino!

El animalito dio un paso adelante y se asomó por la puertecita. Desde el balcón de la planta baja, una mano lo invitaba a acercarse haciendo rodar de derecha a izquierda, en la nieve, una pelotita roja.

—¿Para quién es esta pelotita?

El gatito parecía preguntarse si sería para él. Se agazapó un instante. Tras pensarlo bien, decidió que por supuesto era para él. De repente saltó hacia la pelotita. Una mano lo cogió por el pescuezo. No, no era para él.

—¡Miau!

En el sofá, sordos a los gritos de desesperación de su congénere secuestrado, ninguno de los dos gatos se movió. Las tres lucecitas del abeto seguían parpadeando. En la cama del dormitorio, uno de los dos cuerpos se separó del otro. El brazo de un hombre, musculoso, salió de las sábanas y colgó del borde de la cama. Al moverse golpeó la espalda de la mujer. Ella murmuró algo, luego volvió el silencio.

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

El hombre se sobresaltó y se incorporó de un brinco. Miró alrededor. Presa del pánico, se giró hacia la puerta de entrada.

—¡Julie! ¡Despierta!

—Estoy durmiendo...

—¡Han llamado a la puerta!

—Lo habrás soñado... ¡Duérmete!

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

El hombre, nervioso, corrió hacia su pantalón y se lo puso más rápido todavía de lo que se lo debía de haber quitado la noche anterior. Se inclinó sobre el sofá y tiró bruscamente de su camisa amarilla. Los dos gatos volaron un instante por los aires y

volvieron a caer sobre sus patas. El hombre se puso la camisa y fue a zarandear a Julie.

—¿Quién puede saber que estoy aquí?

Julie levantó la cabeza, apenas sorprendida.

—Nadie, aparte de mí, los gatos y tú...

El hombre, después de mirarla fijamente, se volvió, inquieto, hacia los dos gatos, que ronroneaban su inocencia. Después de hacer el amor un hombre suele ser más estúpido de lo que lo era antes. Julie apartó la sábana y se levantó. Su cuerpo era absolutamente perfecto. Se fue hacia el baño sin dedicar una mirada a ese que estaba metiéndose la camisa en el pantalón.

—Estás casado, ¿no?

El hombre puso cara de no oír nada y se concentró en la tarea de cerrarse la bragueta. Julie, vestida con una corta bata roja, imitación de seda, reapareció.

—Luc... Porque te llamas Luc, ¿no? Menudo caradura. Anoche eras soltero y follas connigo, y por la mañana estás casado.

Julie, resignada, se ajustó la bata para taparse el pecho. Con un nudo rápido, apretó el fino cinturón para cerrar mejor la ligera prenda.

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

—¿Acaso tu mujer tiene permiso de armas?

Una vez más, el idiota pareció reflexionar. En el pasillo, Julie se subió a un par de zapatillas con tacón. Tan alta de repente, parecía aún más delgada, aún más bonita, aún más perfecta. Su andar revelaba que estaba acostumbrada a caminar desde las alturas. Sus nalgas ondulaban bajo la fina tela. El hombre, nervioso, se ocultó tras lo primero que encontró: un perchero. Siguió con los ojos el avance hacia la entrada de la mujer a la que había amado una noche, pero ya no le miraba el culo. Una vez en la puerta, Julie se puso bien derecha. Abrió sin miedo, sin nada que reprocharse.

—¡Miau!

En los brazos de un niño de unos doce años, el gatito. Subida en aquellos tacones, Julie parecía desmesuradamente alta; la cabeza del niño solo le llegaba al pecho. Al ver a su gato en los brazos de su joven vecino, Julie se inclinó hacia delante. Su liviana bata se entreabrió ligeramente.

—¡Brutus! ¿Qué hacías otra vez fuera?

El niño, entonces, clavó los ojos en el seno medio descubierto de Julie.

—¡Ha vuelto a escaparse!

—Ya van tres veces esta semana...

Julie, con la mirada experta de las mujeres que conocen a los hombres que miran a las mujeres, captó enseguida el juegueci

to de su salvador providencial. Se inclinó un poco más y tendió los brazos para agarrar al gatito. La bata se entreabrió un poco más. El niño no se movía. Un seno de Julie se mostraba ahora casi al completo.

—Va a coger frío...

El niño, subyugado por aquel pezón poniéndose duro, no se movía.

—Alex, me refiero al gato... Te llamas Alex, ¿no?

—Sí, Julie.

Se inclinó un poco más para coger a Brutus. Alex, inmovilizado ante aquellos dos senos

que flotaban en el aire, casi tocándole la cara, parecía no querer dejar marchar al gatito.

—Alex, el gato no será el único que se pondrá enfermo...

—¡Miau!

Alex se resignó a soltar a Brutus, que de inmediato se acurrucó en el pecho de su ama, sin duda mucho más cálido.

—Gracias, Alex.

—Si vuelve a escaparse, te lo traeré otra vez...

Julie, divertida, tan dulce, miró un instante a aquel muchachito cuya audacia, a fin de cuentas, le parecía encantadora.

—¡No me cabe la menor duda!

¡Clac! La puerta se cerró. Alex, con el orgullo propio del preadolescente, se volvió hacia el otro lado de la calle. Levantó el pulgar en señal de satisfacción, de misión cumplida, de victoria. Curioso, se acercó al cristal de la puerta de Julie para ver cómo su trasero desaparecía por el pasillo. De repente, dio un paso atrás para bajar la escalera. Acababa de ver al hombre.

—¿Quién era?

—Un vecinito que me ha devuelto a Brutus... Bueno, en realidad estoy segura de que ha venido para disfrutar de las vistas.

—¿Eh?

—Que no ha parado de mirarme las tetas, hombre.

—Es que son para mirarlas, la verdad.

El imbécil había recuperado toda su soberbia. Un tipo, en función de lo que espera de una mujer, puede ser muy versátil. La noche anterior había interpretado *La grande séduction*, por la mañana *Un homme et son péché*, y en aquel momento *Mémoires affectives*.\*

—¿Ha pagado para mirar?

Julie no le dirigió una mirada fría. Era helada. Más helada que el hielo.

—¿Has pagado tú por esta noche? Te ha costado tres bailes, una botella de vino en el *Couche-Tard* y dos horas de embustes.

Acompañar a una bailarina de striptease a su casa y conseguir colarse en su cama es el Grial de todo un pueblo, el *súmmum* del jugador de póquer. Pero lo importante, al final de la partida, es decir una frase anodina que relaje el ambiente en el momento en que uno se levanta de la mesa después de haberla dejado limpia.

—¡Joder, qué pronto empiezan hoy en día!

—¡No exageres! ¡Solo son niños!

\* Respectivamente, *La gran seducción*, *Un hombre y su pecado* y *Memorias afectivas*, filmes canadienses. (N. de la E.)

El frío modifica la trayectoria de los peces

Cuatro peces exóticos, iluminados por una luz blanca de neón, daban vueltas en un enorme acuario situado justo en medio de la habitación. Una tabla, colocada sobre dos caballetes, se combaba bajo el peso de libros que trataban de matemáticas puras. Hojas garabateadas con ecuaciones y cálculos tenebrosos los recubrían. Otras estaban

esparcidas por el suelo, algunas arrugadas. En un rincón había una bolsa de deporte con la efigie de los Foreurs de Val-d'Or. Encima había tres bastones de hockey. Bastones de zurdo con la pala muy curvada; sin duda de un delantero.

Al otro lado de la calle se entreabrió una puerta. En el rellano del piso de la planta baja apareció Julie, todavía vestida con aquella bata tan corta. Con desdén, tiró en el contenedor azul la botella de vino vacía, que se rompió al primer golpe. El hombre salió deprisa, mirando a derecha e izquierda. Hizo un pequeño gesto con la mano a Julie, que no le contestó. Cerró con un tremendo portazo. Su historia de amor había terminado.

Boris Bogdanov interrumpió la lectura de un libro de Andrei Markov, no el jugador de hockey sino el gran matemático ruso. Desde su ventana lo había visto todo. Boris Bogdanov esbozó una sonrisita enigmática, como si supiera algo que su vecina ignoraba.

¿Acaso Boris Bogdanov estaba enamorado de la vecina?

Niet! Boris Bogdanov no se había enamorado nunca, pues lo

único que le interesaba desde siempre era su propia persona y sus peces. Cuando llegó de Rusia en 1990, con dieciocho años, soñaba que podría cambiar su vida en el hielo de las canchas de Quebec. Tuvo su oportunidad participando en los partidos de pretemporada de los Foreurs de Val-d'Or en la liga juvenil mayor. Los buscadores de talentos pensaban que habían encontrado en aquel joven ruso una perla rara, esa que se les había escapado a los otros clubes. No los decepcionó.

Los expertos saben que a los rusos no les gusta el juego duro pero son muy hábiles, goleadores naturales. Boris Bogdanov había mentido un poco a los entrenadores sobre su pasado como jugador en el club-escuela del Dinamo de Moscú, no mucho, apenas por unas dos decenas de goles al año, ¡la mitad de los cuales en desventaja numérica!

Todo el mundo vio enseguida, el primer día de los partidos, en el encuentro organizado entre los nuevos fichajes, que no era un auténtico jugador ruso por el talento, sino un auténtico jugador ruso en cuanto al juego duro. En su primera actuación, en desventaja numérica, Boris distinguió de inmediato a un enorme buey de Alberta que quería hacerse un hueco en el equipo. Para aquella montaña de músculos, el juego duro era el pan de cada día, la sal de la vida, la única expresión corporal de la que era capaz. Así que el coloso hizo como los grandes depredado-res. Él, de azul, buscó en la manada de los rojos a la presa más débil. La gacela más rápida es siempre la que escapa del león. Para las más lentas es el sálvese quien pueda. Para la más lenta entre las lentas es amén. Boris Bogdanov no tenía intención de llevarse el disco cuando este se le apareció en el rincón. Solo intentó escapar del gigante de Alberta que le perseguía. De pronto lo oyó gruñir. Boris no dominaba los patines como había prometido. No pudo ir muy lejos y la cosa terminó en un gran ¡bum!

El hombro derecho de Boris Bogdanov, que no estaba muy musculado, se dislocó contra la banda. En resumidas cuentas, solo

jugó cuarenta y cinco minutos en la liga juvenil mayor de Quebec, treinta y dos de los cuales se los pasó intentando huir. En Val-d'Or aprecian a los duros, a los auténticos, pero lo que no les gusta nada es que les tomen el pelo.

—¡No cuentes con nosotros para pagarte el billete de vuelta!

Por lo menos el encargado del equipamiento tuvo la amabilidad de dejarle la bolsa de

hockey con los colores del club.

—¡Será un recuerdo para tus hijos!

Pero no porque uno haya mentido es un imbécil. La prueba es que Boris Bogdanov es un intelectual. Pero tomar a los demás por imbéciles es muy propio del intelectual.

Si Boris tenía un defecto sin duda era este. Siempre tenía esa sonrisita propia de quien sabe algo que los demás ignoran. Era un estudiante muy brillante y lo sabía. Los rusos no solo forman a jugadores de hockey miedosos. También tienen grandes matemáticos.

Boris Bogdanov era un apasionado de la topología o, mejor dicho, de una de sus disciplinas. La teoría de los nudos es una ciencia matemática compleja que permite explicar cosas muy simples de la vida. Cuando se tira del hilo de un ovillo de lana enmarañada, unas veces se deshace de golpe, otras veces se enreda aún más. Es como la vida: pequeños gestos pueden tener grandes consecuencias. Y a veces el mismo gesto no tiene el mismo efecto.

Los peces exóticos de Boris Bogdanov le permitían reflexionar sobre su nueva teoría. Un pez en un acuario siempre sigue el mismo recorrido, tira de su propio hilo. Lo desenrolla en función de la presencia de los demás peces, amigos o enemigos, en el acuario. Asimismo, debe modificar su camino ritual cuando llega un nuevo inquilino. Para Boris, estos itinerarios eran hilos que se anudaban y se desanudaban.

—Tú no escoges tu camino, los demás lo hacen por ti.

Su tesis de doctorado estaba ahí, ante él, en un agua que mantenía a treinta y dos grados. Aquello era vital. Su superviven

cia universitaria dependía de que siguiera a la misma temperatura. Si descendía, algunos peces podrían modificar su camino y echar por tierra toda la teoría defendida en su tesis. Sus trabajos no habían dejado indiferente al presidente de la Sociedad Matemática de Canadá, con sede en Calgary, en Alberta, donde hace tanto frío.

—Venga a vernos cuando termine con sus peces. ¡Las matemáticas térmicas serán un cambio para nosotros!

A través de la ventana, Boris Bogdanov vio a sus dos jóvenes vecinos sentarse en los escalones de la entrada del bloque contiguo al de Julie. Uno de ellos sostenía una cámara de vídeo. Tenían los ojos clavados en la pantallita de control. Boris se dio la vuelta, se apartó de la ventana, dejó su libro en el caótico escritorio y maquinalmente acarició con el dedo el cristal del acuario. Le bastaba tocarlo para saber si el agua estaba a la temperatura adecuada.

El frío modifica la trayectoria de los peces.

Entonces lo entendí todo

—¡Qué fuerte! ¿Cómo se rebobina?

—¡Déjame a mí, me vas a romper la cámara!

—Déjame a mí... me vas a romper la cámara...

—No tengo ganas de que me riñan.

—No tengo ganas de que me riñan... ¡Toma! ¡Ten la maldita cámara!

Alex es como su padre, siempre se enfada por nada. No se lo reprocho. No debe de ser fácil vivir solo con un progenitor. Cuando era pequeño, Alex decía que su madre

volvería. Ahora ya no habla nunca de eso. Cuando tienes un amigo que no tiene madre, evitas el tema. No siempre es fácil, porque entre niños hablamos a menudo de los padres. Lo más duro es el Día de la Madre. Ese día evito a Alex, no sabría qué decirle. Es fácil evitarlo, no sale de casa. En realidad nadie sabe si tiene noticias de su madre porque nadie se lo pregunta.

—¿Por qué no has puesto el zoom? ¡No se ve que el pezón se le ha puesto así de grande!

Miré la distancia entre el pulgar y el índice. ¡Cinco centímetros! Solo él intentaría hacerte creer que eso es posible. En esos casos no hay que llevarle la contraria. Alex siempre tiene razón. Por mucho que intentes demostrarle que se equivoca, él te explica que tiene razón. En el colegio eso le hace la vida muy difícil, sobre todo con los profesores. El otro motivo para no llevarle la contraria es que me saca una cabeza, aunque yo solo tengo un año menos. Sabe que me puede partir la cara fácilmente. Yo estoy de acuerdo con él. El más fuerte y el más débil están obligados a entenderse. Alex se pelea al menos una vez a la semana. Por principio.

—¡Me mantiene en forma y va bien para mi reputación!

Confieso que la reputación de Alex me interesa mucho. Como todo el colegio sabe que soy su mejor amigo, nadie se mete conmigo. Con él, las discusiones siempre se reducen a un punto esencial.

—¡Pegas primero, reflexionas después!

En el colegio todo el mundo lo ha visto pegar, pero nadie lo ha visto reflexionar. Por los pasillos del colegio se dice que está loco. A él eso le llena de orgullo. Pero yo lo conozco bien. No está loco ni es orgulloso, es una armadura. Los niños son crueles. Él tiene que parecer más cruel. ¡Pobre del que se burle de él por no tener madre! A veces saca buenas notas. Lógico, cuando puede me copia.

Fue a él a quien se le ocurrió que me escondiera detrás de un coche para filmarlo cuando él devolviera el gato a la vecina. Era la tercera vez que lo hacíamos. Nunca estaba contento con el resultado.

—¿Por qué no has hecho zoom en las tetas?

Dos días antes había dicho que el ángulo de la toma no era bueno. Cuatro días antes, la vecina salió vestida. Lo difícil era saber a qué hora llevaba puesta la bata. No lleva una vida normal. No se levanta nunca a la misma hora y nunca la ves volver a casa. En verano es genial, se pasa mucho rato con la bata puesta y suele tomar el sol en el balcón de detrás. Hasta mi padre lo sabe. Alguna vez lo he pillado mirándola. Alex me dio un golpecito amistoso en el hombro.

—¡Qué ganas tengo de que sea mañana!

Levantó la cabeza, satisfecho con el efecto que estaba por venir. Miramos la calle. El señor mayor que vive al lado de nues

tra casa salió con su perrito. Vive con otro señor que se le parece;

los dos tienen el pelo blanco muy corto y un bigote muy largo.

—A mi padre no le caen bien.

—¿Los conoce?

—No.

—Entonces, ¿por qué no le caen bien?

—Porque él es así.

—Son hermanos.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo mi padre.

—¿Los ha detenido alguna vez?

—Mi padre hace mucho tiempo que no detiene a nadie...

Alex ni me miró. Es la ventaja de un niño que no tiene madre. Como no quiere que le hagan preguntas, él tampoco hace preguntas. El señor mayor desapareció por la esquina. Empezaba a hacerse de noche.

—¡Vamos, déjame verlo otra vez!

Rebobiné. Vimos a Julie abrir la puerta. Cuando se inclinaba, era increíble lo bien que se le veía el pecho. A Alex lo que le gustaba eran los pezones.

—¿Por qué no has hecho zoom?

Si no había hecho zoom era porque prefería ver los pechos al completo.

—¿Todavía en la calle?

Incluso Alex pegó un bote hacia atrás cuando vio a mi padre parado frente a nosotros. No sabía que pudiera apagar tan deprisa mi nueva cámara de vídeo.

—¿Habéis filmado algo bonito?

No nos movimos. Alex se giró hacia mí; yo estaba de acuerdo con él: no había que decir nada. Al cabo de un instante, mi padre comprendió que no nos sacaría nada. Se volvió hacia nuestra casa.

—¿Ha vuelto mamá?

—No, papá, no la he visto.

Miró alrededor, preocupado. Se frotó la barbilla. Estaba claro que se preguntaba dónde podía estar. Luego dio un paso hacia nuestra puerta. Parecía triste.

—No te quedes mucho rato, el abeto nos espera...

—Ya voy, papá.

Me levanté y me volví hacia Alex.

—¡Hasta mañana!

Miró mi cámara. Leí en sus labios.

—No te la olvides mañana...

Le guiñé un ojo y seguí a mi padre. No dejé a Alex únicamente porque papá parecía triste. La verdad es que me encanta quemar el árbol. De pequeño miraba cómo lo hacía. Esperé a que tuviera ocho años para dejarme poner las ramas en las llamas. Arden tan deprisa que es realmente peligroso. Es tan bonito cuando la llama rodea de repente las agujas secas... Pero lo más agradable es el ruido. No me canso de oír ese brusco crepitar. Cuando el abeto ya está quemado y hemos guardado los adornos en el sótano, mi madre nos sirve el roscón de Reyes. Fue ella quien implantó esta tradición en la familia. La descubrió en un viaje a Francia, adonde fue a estudiar cuando era más joven. Ahora hace los mejores roscones de Reyes del mundo. Me encanta su mazapán. Pone mucho porque sabe que me encanta. Dentro del roscón hay un haba. El que la encuentra es el rey o la reina. Si eres rey escoges a tu reina, y si eres reina escoges a tu rey. Así que todos los años mi madre era la reina.

—¿Dónde está mamá?

—En casa de unos amigos...

—¿Y tú no has ido?

—No, son amigos suyos...

—¿A qué ha ido?

—Tenía unos asuntos que arreglar... No tardará.

¿Que mi madre tenía unos asuntos que arreglar el día del roscón de Reyes y la víspera de la vuelta al cole? No me lo tragué ni por un segundo. Sabía que mi padre me estaba mintiendo.

La situación no era normal. Él se dio cuenta de que yo reflexionaba. Sentí que su brazo me envolvía y que me ponía la mano en el hombro. Nos quedamos así un momento. Ahora él, ahora yo, poníamos una rama en la chimenea.

—¿A que estamos bien los dos juntos?

—Papá, ¿podré llevar la cámara al colegio mañana?

—Es el mejor sitio para que te la roben. ¡Ni hablar!

Se miró el reloj y me apretó el hombro más fuerte. Estaba preocupado.

¡Pom!

Mi madre por fin acababa de llegar. Estaba sofocada. Mi padre se levantó como si fueran a castigarle por tenerme abrazado. En la mano mi madre sostenía una caja de cartón de color blanco, plana.

—No me daba tiempo de hacer el roscón. He comprado uno en Première Moisson, son los mejores de la ciudad. ¡Huele!

Me incliné y olí la caja. Debería haber dicho algo así como... «¡Mamá, los mejores de la ciudad son los tuyos!».

Pero me molestó que no hubiera hecho el roscón.

—¡Qué bien huele, es verdad!

Por un instante pareció decepcionada. Olió el cartón.

—¡Bueno! ¡Voy a calentarlo!

Mi padre la siguió a la cocina. Me quedé delante de la chimenea. Siempre hay ramitas que consiguen seguir verdes, escapar de las llamas. Una tras otra fui metiéndolas en las brasas, sin piedad, para que no sobreviviera ninguna.

—Esta noche no me apetece demasiado hacer de reina.

—No es por nosotros, es por él.

Por lo visto mis padres ya no eran capaces de hablar en voz baja. Oía todo lo que decían.

—Tienes razón.

—¿Y tu piso?

—No puede ser.

—¿Cómo que no puede ser?

—Se quedarán otro mes. No han acabado las obras en su nueva casa.

—¿Y adónde irás?

—Había pensado en el chalet...

—Pero ¿cómo harás para ir al trabajo?

—No, había pensado que te fueras tú... Solo durante el primer mes...

Entonces lo entendí todo.

Se aman

Hacía mucho rato que ya era de noche. Por la ventana, Boris Bogdanov miró a Julie salir de su casa. Bajo su abrigo de invierno mal cerrado llevaba una falda corta, muy corta. Hacía unos minutos que el taxi la esperaba. Julie se metió dentro rápidamente. El coche arrancó enseguida.

Boris Bogdanov se sentó frente a su acuario y, en una hoja, verificó el recorrido de uno de sus peces. Toda su teoría se basaba en esta primera certeza. Antes de cualquier hipótesis, asegurar los cimientos de la demostración subsiguiente.

—Da... Da... Da...

La investigación es algo muy complicado, pero de una lógica muy simple. Todo debe estar establecido. Si afirmas que Mélanie hace pipí de pie, antes de probar que hace pipí de pie tienes que demostrar que Mélanie existe. Si no existe, ¿cómo explicarás que hace pipí? Por esta razón, Boris Bogdanov debía asegurarse, antes que nada, de que sus peces seguían siempre el mismo camino. En unas hojas había dibujado el recorrido de cada uno de ellos con colores diferentes. Con aquel inmenso nudo en cuatricromía esperaba demostrar que el hilo de cada uno de sus peces dependía del recorrido de los otros.

Tal vez debería haberse ocupado del pipí de Mélanie. Al menos habría habido una Mélanie con la que hablar, pues cuan

do llega el momento de charlar uno se siente muy solo con cuatro peces. Es la soledad del investigador de fondo.

De la casa de enfrente escapaban notas de música clásica. Simon y Michel, sentados en el gran sofá, la saboreaban. Un disco de treinta y tres revoluciones por minuto giraba en un tocadiscos de gama alta. El interior de la casa estaba decorado con gusto, casi rozando lo rococó, con predominio del rojo.

En una mesita, delante de ellos, una botella de Chivas Royal Salute de veintiún años. Como todas las noches, solo beberían dos vasos cuidadosamente medidos. La botella descansaba en su estuche de terciopelo azul, el cuello adornado con un fino cordel dorado sujeto por un nudo marinero. A ciento cincuenta y nueve dólares la unidad, la cuidaban amorosamente. Un perrito maltés blanco, de cuatro años, gimoteaba en su cesta de mimbre.

—Simon te sacó hace tres horas. ¡Un poco de paciencia, amiguito!

Simon y Michel llevaban diez años viviendo juntos. Sin embargo, jamás salían a la vez. Daba la impresión de que se ocultaban. En el barrio creían que eran hermanos. Se parecían tanto, los dos con el pelo blanco muy corto y ese fino bigote...

Se habían conocido once años atrás. Simon, psicoanalista, recibió a Michel en su diván. Michel había iniciado una terapia por un malestar que no conseguía explicarse. Vivía mal su papel de padre y esposo. Amaba a su único hijo, de dieciocho años. Amaba a su mujer, con la que llevaba veinticinco años casado, pero algo no funcionaba. No se sentía bien, como si no fuera realmente él. Solo su trabajo en Météo Canada le hacía feliz. Era especialista en huracanes y trabajaba en una matriz que permitiría determinar con precisión la trayectoria de estos depredadores naturales. Simon también estaba casado y

tenía dos hijas de dieciséis y diecinueve años.

Con el paso del tiempo encontraron afinidades. Simon sabía que nunca hay que intimar con un paciente. Pero cuanto más se confiaba Michel, más le comprendía Simon. Les gustaban las mismas cosas. Empezaron a desear compartirlas. Sencillamente, estaban bien juntos. Poco a poco llegaron a sentirse mal si pasaban demasiado tiempo alejados el uno del otro.

—Michel, tengo dos entradas para Alain Lefèvre con la Orquesta Sinfónica de Montreal. Normalmente no debería salir con un paciente, pero es en la Place-des-Arts, a dos pasos...

No se contentaron con dos pasos. Se divorciaron al mismo tiempo. Las dos familias se lo tomaron muy mal. Sobre todo la de Simon, que es judío. El Colegio de Psicoanalistas de Quebec jamás supo que vivía con un antiguo paciente. Él no había querido por nada del mundo que se supiera. Cuando Simon sacaba a Pipo, Michel se quedaba en casa cocinando. Decidieron vivir su felicidad aislados del mundo, para saborearla mejor.

El ritmo de la música aumentó, de moderato pasó a alegre. La mano de Simon se deslizó para coger la de Michel.

Se aman.

Y recé para que me ayudara

A mi padre le tocó el haba, a mi madre la corona, y a mí nada de nada. Se miraron. Mi padre inspiró, mi madre espiró.

—Tenemos que decirte una cosa.

Yo no tenía ganas de oír nada, pero ellos hablaron.

—Tienes que saber que papá y mamá se quieren mucho.

—Bueno... Sí, todavía mucho.

—Pero ya sabes, a veces la gente se quiere, pero la vida de cada día es difícil... Las cosas cambian... El tiempo pasa... Ya no somos los mismos...

Esta frase me pareció muy complicada. Mi madre tomó aliento y aprovechó para ponerse bien la corona, que acababa de resbalarle de la cabeza.

—A veces es tan difícil que es imposible vivir juntos como antes porque las cosas ya no son como antes.

Unos amigos del colegio me habían contado cómo se las habían apañado sus padres para darles la noticia. Apenas escuché la continuación, ya la había oído.

—Papá y yo hemos decidido separarnos.

Me miraron fijamente para ver cómo reaccionaba. No moví ni un dedo.

—Hace un mes que lo decidimos, pero no queríamos fastidiarte las fiestas de Navidad.

Agaché la cabeza para no decir gracias. Tampoco había que pasarse. No quería mirarlos, pero noté que ellos se miraban para saber quién tenía que hablar. Mi madre siempre ha sido la más charlatana de los dos.

—Seguirás teniendo un papá y una mamá pero ya no vivirán juntos... Estarás una semana en casa de papá, aquí. La siguiente irás a mi casa. Ya verás, será casi como antes. Hay muchos niños que viven así y son muy felices...

Ahora en mi clase seríamos catorce los que emigrásemos cada semana. Algunos dicen

que es guay. Levanté la cabeza. Todo estaba dentro de mí. Mi madre me miró a los ojos. Yo hice lo mismo. Se puso nerviosa.

—¿Estás bien? Parece que la noticia no te ha afectado... Tienes derecho a sentir emociones.

Tenía que decir algo, no quería que creyeran que ya no los quería. No me lo pensé mucho.

—¿Quién hará la comida cuando esté con papá?

Mi padre sonrió como pudo. No me tranquilizó en absoluto.

—Compraré un libro de recetas y cocinaremos juntos. ¡Será divertido!

Eso de la custodia compartida empezaba realmente mal. Me levanté.

—Tengo que preparar la cartera para el cole.

Mi madre me cogió de la mano.

—Si necesitas hablar, si tienes preguntas que hacer, no lo dudes.

Me solté de su mano. Ella esperaba algo. Me acerqué y la abracé con fuerza. Ella me apretaba aún más fuerte. Cuando me soltó, hice lo mismo con mi padre. Pero él sí que apretaba fuerte de verdad.

—Papá, me estás ahogando...

Ya no tenía nada más que decir, nada más que hacer. Me fui pasillo adelante, en dirección a mi cuarto, sin pararme en el baño. Oí que cuchicheaban. Ya no me apetecía escucharlos.

En mi habitación, cuando cerré la puerta, fue extraño. Oí

que se encendía la televisión. Mi padre había comenzado su turno de noche. Mis padres no habían hablado mucho rato y, por una vez, no se habían peleado.

Cogí la cámara de vídeo, pero no me apetecía mirar las tetas de la vecina. Rebobiné hasta Nochevieja. Lo pasamos en casa de Julien, en Montérégie. No tuve que volver a ver a las gemelas hiperactivas saltando en el sofá; estaban en casa de su madre. Una suerte para Julien, que no tuvo que estar detrás de ellas toda la noche. A él, esto de la custodia compartida le debía de ir bien. La verdad es que solo les va bien a los padres.

No paré de ir adelante y atrás entre 1997 y 1998. Apretaba el rewind para oír una vez y otra la fatídica cuenta atrás.

«Cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡cero! ¡Feliz Año Nuevo!»

Luego vi a mi padre y a mi madre felicitándome delante del objetivo. Les costaba encontrar las palabras. Ahora entendía por qué estaban tan incómodos.

«Papá, pégate más a mamá, si no no os cojo a los dos.»

Apreté el stop. Ya los había visto suficiente. Volví a correr la cinta hasta las tetas de la vecina. Apagué la cámara y la metí en la cartera del colegio.

Me tumbé y miré el techo. Era blanco como siempre, pero el blanco me pareció diferente. No conseguía entenderlo, todo parecía igual. Pero nada era igual. Entonces, se me vino encima de golpe. Me brotaron lágrimas de los ojos y me empaparon la cara. Me puse las manos en las mejillas pero las lágrimas las atravesaban. No podía detenerlas. Lloraba como no había llorado nunca. Generalmente lloro cuando me hago daño o un compañero me pega. Pero aquello venía de dentro. Duele muchísimo más. Yo no lo sabía.

¡No era posible lo que me estaba pasando! ¡A mí no! ¿Cómo podían separarse?

¿Compartirme? ¡Imposible! Los padres no se separan, o solo los padres de los otros.

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Y seguí llorando hasta que no pude llorar más. No sabía que también para eso hay un final. Ni siquiera me habían preguntado mi opinión. Y sin embargo me incumbía. ¡Era mi vida! Si hacían algo así tenía que ser porque ya no me querían, pues habían dicho que ellos seguían queriéndose, pero no como antes.

—¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Nadie me contestó. Estaba solo, completamente solo. Fui a la ventana. Llovía. Miré el cielo. Estaba gris y negro. No aparté la vista. Yo era tan pequeño, él era tan grande...

Y recé para que me ayudara.

Bebé..., te tengo a ti, bebé...

«De diez a veinte milímetros de agua, eso podría causar problemas...»

En la pantalla de la tele, el hombre aparecía relajado y jovial. Con un impermeable verde muy holgado, bromeaba bajo una fina lluvia. Las inclemencias meteorológicas eran su momento de gloria. Lógico, era el hombre del tiempo. El cielo no tenía secretos para él. Debajo del paraguas, tanto le daba. A la presentadora del informativo parecía que aquello le hacía mucha gracia.

«¡Ve a secarte! ¡Queremos volver a verte al final del programa! ¡Te estás congelando!»

—Solo tiene que mearse encima, con eso entrará en calor, menudo maricón...

Alex no dijo nada. No se rió. Ni siquiera sonrió. De hecho, ya no oía los sarcasmos de su padre. Desde que Do, su mujer, su amor, lo había abandonado precipitadamente, sin previo aviso, Alexis veía maricones por todas partes. Y cuando no eran maricones, eran judíos. Pocas veces eran ambas cosas.

Alexis ya no miraba a las mujeres ni intentaba llamar su atención. Por eso él no llamaba la atención de ninguna. Y, sin embargo, a sus cuarenta y cinco años, aún era un hombre guapo; pero ya no se gustaba. Odiar a los demás no era más que su tabla de salvación.

—¡Todos maricones! ¡Judíos de mierda!

Delante de su hijo era diferente. Mostraba cierta dulzura, alimentada por la culpabilidad, desde luego. Alex tenía el pelo tan negro y rizado como Alexis lo tenía claro y lacio, de un rubio ceniza. Alex tenía la tez mate; Alexis, la piel blanca. Solo se parecían en el nombre. Una idea de padre.

—¡En Alexis está Alex!

Alex, alguna vez, le había pedido a Alexis que le explicara quién era su madre y por qué se había ido.

—No puedo, Alex. Es como si ella ya no existiera.

Lo que no existe no se puede explicar. Así que Alex no volvió a preguntar.

—¡Mierda! ¡Ayer no anunciaron que habría capa de hielo y hoy hay hielo, y seguro que mañana no habrá! ¿Te imaginas si yo hiciera lo mismo en mi trabajo?

Alex miró a su padre. En momentos como aquel era cuando más echaba de menos a su madre. Era ella quien debería desafiarse con la mirada. Ella quien debería devolverlo a la realidad.

—¿Tú te has visto?

Alex se había preguntado a menudo si tenía una madre, si se podía nacer de nadie. No tenía ningún recuerdo de cuando era muy pequeño. Solo sabía que Alexis había sido músico, autor-compositor guitarrista. Alex recordaba que cuando era más joven pasaba largas jornadas en estudios de grabación. Conservaba en la memoria esas grandes mesas de mezclas mientras, tirado en un sofá, miraba a su padre, guitarra en bandolera, detrás del gran cristal. Por mucho que fuera un crío y no tuviera que entenderlo todo, adivinaba.

—¡Alexis! ¡Siempre haces lo mismo! ¿No puedes tocar lo que se te dice? Un do menor es un do menor, y un la menor es un la menor... ¡Y nosotros te pagamos para que toques un do menor!

—Después de un do menor, nunca va un fa bemol, ¿no te lo enseñó tu profesor de música?

—Alexis... Solo te pido que toques esta maldita partitura, ¡tu opinión me importa un bledo!

—¡Después de un do menor, no se puede poner un fa bemol!

—Ya estoy harto... ¡Lárgate!

—¡No sabéis a quién os perdéis! ¡Lo lamentaréis!

Y así fue como se desarrolló la última sesión. Ningún estudio lamentó jamás haber perdido a Alexis. Tozudo y obcecado, no renunció a su carrera. Cuando uno está seguro de su talento y de tener las claves del éxito, no abandona un oficio que puede convertirle en estrella. Solo hay que reorientarse.

—¡Ahora sabrán lo que es música de verdad!

Alex acompañó a su padre por las calles de Montreal Viejo. Alexis tocaba encorvado, susurrando más que tarareando, como si solo tocara para él, sin intentar que lo oyeran. Cuando no amas a nadie, es difícil cantar al amor. Por eso los enamorados pasaban sin echarle nada y se iban a besarse a un banco público. A partir de ese momento el estado de Alexis se fue degradando.

—¡Todos maricones! ¡Judíos de mierda!

La música también lo dejó plantado. Pero, con un hijo a su cargo, había que comer. Se puso a pintar, no cuadros, sino paredes y ventanas, y también techos. Todo el mundo opinaba que era un buen obrero. Pero olvidaba demasiado a menudo ir a trabajar o se peleaba con sus compañeros, que estaban hartos de oírle.

—¡Los carpinteros son todos maricas! ¡Y los fontaneros, unos cabronazos! ¡Judíos de mierda!

Tardaba varios días en encontrar otra obra. Lo ideal hubiera sido que trabajara solo. Por supuesto, Alexis bebía. No era un alcohólico crónico, pero por la noche necesitaba unas cuantas cervezas para dormirse. Dependía.

Cuando solo tienes una persona a la que amar, y esa persona te ama, tú, aunque sea mal, también la amas. Alex quería a su padre. Se preguntaba por qué le había tocado esa vida. Tenía la convicción de que su futuro estaba escrito. La directora pedagógica de su escuela se lo había confirmado.

—¡Acabarás mal!

Alex no protestó. Se comportaba como todos los niños. Lo importante no es lo que dicen los padres sino el ejemplo que dan. Y Alexis no ofrecía ningún ejemplo que

podiera presagiar un destino feliz para su hijo.

—Buenas noches, papá.

—¿Ya te acuestas?

—Mañana hay cole.

—¿Ya?

—Sí, papá, estamos a 5 de enero. ¡Empieza el colegio otra vez!

—¡Eres demasiado serio para tu edad!

Alex no era serio en absoluto. Se pegaba con todo el mundo. El tendero del barrio no quería volver a verlo en su establecimiento porque ya había robado demasiadas veces. Mentía a su padre. Falsificaba su firma. En los exámenes copiaba de su mejor amigo. Nunca informaba a su padre de las reuniones con los profesores. En realidad, su padre ni siquiera sabía que existían. Lo único a lo que aspiraba era a dormirse en el sofá. Primero roncaba, luego empezaba a murmurar. Siempre la misma cantinela.

—Bebé..., te tengo a ti, bebé...

Entonces Alex se levantaba y lo tapaba con una manta.

—Bebé..., te tengo a ti, bebé...

Alex no se cansaba de oír estas tiernas palabras. A menudo se quedaba sentado hasta muy tarde al lado de su padre, que dormía. Para él era tan raro oír el amor...

—Bebé..., te tengo a ti, bebé...

Lunes, 5 de enero de 1998

«Si bien se esperaban de diez a quince milímetros de lluvia helada, cayó casi el doble, es decir, casi veinticinco milímetros en Montreal, treinta en los Laurentides y veinte en Montérégie. El peso de la capa de hielo afecta a las líneas eléctricas; se han roto ya los primeros cables y empiezan las averías...»

Pasa de malos rollos, tío

Sonó el despertador. Me desperté de golpe. No debía de dormir profundamente. Durante al menos cinco segundos me sentí realmente bien. Me desperecé y, de repente, me vino todo a la cabeza. Mi felicidad se esfumó. Me levanté, fui a la ventana y corrí la cortina. El suelo brillaba. Parecía hielo. Volví a mirar. ¡Era hielo! Miré hacia arriba, estaba gris y ¡caía hielo! ¿Eso era lo que el cielo hacía por mí?

Corrí hacia la cocina con cierta esperanza. Mi padre y mi madre terminaban su desayuno con la nariz metida en la taza. En cuanto levantaron la cabeza y me miraron, comprendí que nada había cambiado.

—Tu padre se irá hoy.

Llené mi tazón con cereales y me senté frente a ellos. Pero esa mañana no tenía ganas de callarme para llorar después.

—Pensaba que era papá el que se quedaba...

Adopté un tono frío, como si la cosa no fuera conmigo. Mi madre, que me conocía, habló despacio.

—Voy a quedarme con el apartamento de una amiga que se muda a otro piso, pero las obras...

—¡Ya lo sé! Las obras no han acabado y por eso papá se va al chalet.

Se miraron. Mi madre hizo una mueca; mi padre agachó la cabeza. Comprendieron que los había estado escuchando. No tenía

ganas de ser amable. No me había gustado que decidieran sin mí.

—¿De quién ha sido la idea?

—¿La idea de qué?

—La idea de separaros...

Se les puso cara de tontos. Es verdad, siempre hay uno que abandona al otro. Se miraron un buen rato. Comprendí que si no me contestaban es que había sido idea de los dos.

—Es una separación amistosa. Los dos pensamos lo mismo.

Me anunciaban que se separaban pero no paraban de decir que estaban de acuerdo. Cuando dos personas están de acuerdo es que se quieren. Y si se quieren, se quedan juntas.

—¿Y si yo no pienso como vosotros?

A mi padre fue al que más le sorprendió mi respuesta. Me miró como si me descubriera. Mi madre, en cambio, se puso nerviosa. Intentó conservar la calma. No lo consiguió.

—Entiendo que te haga daño, cariño, pero estos son problemas de mayores. Un hombre y una mujer deciden separarse... Así es la vida. Le pasa a un montón de gente.

—¡Pero somos tres!

Mi padre puso su mano sobre la de mi madre; le tocaba hablar a él.

—Mamá tiene razón, será mejor para todos.

—Pero yo estoy bien con vosotros dos.

—Seguirás siendo feliz.

—Puede que incluso más.

Más les hubiera valido callarse. No conseguía entender que pudieran decirme aquello. ¿Cómo podían imaginar que sería más feliz sin estar con los dos? Me daba la sensación de que sabían que me causaban dolor pero no querían que lo mostrara para no sentirlo ellos también. Solo pensaban en ellos. Todo el mundo se separaba, qué mal había en hacer lo mismo. Mi padre se levantó y encendió la radio.

«Miles de hogares quebequenses están sin electricidad debido al agua helada que cae desde hace varias horas...»

Título original: *Le froid modifie la trajectoire des poissons*

Edición anticipada: Prohibida su venta

© 2007, Éditions Hurtubise HMH et Pierre Szalowski

© 2009, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona